

"EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO MERECE el RESPALDO de TODOS los CUBANOS"

—expresa el ex Presidente—

"¿Podríamos vivir en paz si no hubiera sanción para los asesinos?" —añade.

EL ingeniero Carlos Hevia, ex presidente de la República, candidato a la misma magistratura en los comicios que frustró el cuartelazo del 10 de marzo, permaneció en el exilio durante la imposición de la dictadura y, ya de nuevo en Cuba, no se ha movido en otro escenario que no sea el de su hogar del Vedado.

Complacido por la victoria de la Revolución, comandada por el doctor Fidel Castro, el ingeniero Hevia, con su acostumbrada serenidad, recibe en su casa a sus amigos y compañeros y el tema obligado se produce, invariablemente, alrededor del hecho heroico que culminó con el triunfo de las Fuerzas Rebeldes.

Así lo encontramos en su residencia.

Respaldo absoluto

—Creo que el Gobierno revolucionario merece el más firme respaldo de todos los cubanos, quienes deben cooperar al establecimiento de la normalidad y el bienestar de cuantos vivimos en la isla. La gran y difícil labor que, a nuestro juicio, debe emprender el nuevo Gobierno, puede ubicarse en estos puntos: Primero: realizar efectivamente las sanciones justas que se derivan de los delitos monstruosos perpetrados con inusitada impunidad por los sicarios del régimen derrocado. Segundo: Desbrozar el camino de las malezas dejadas por la tiranía y propiciar las vías necesarias que permitan dictar medidas de beneficio público para llevar al país al cauce constitucional tras siete años de bárbara ilegitimidad. Y, por último: preparar la nación para que el pueblo elija libremente a sus gobernantes a través de elecciones democráticas.

Sobre este tópico advirtió:

—La valerosa hazaña de Fidel Castro, epilogada con el derrumbe de una de las más crudas tiranías de América, completará su obra cuando el pueblo, mediante comicios, seleccione a sus mandatarios. La constitución del presente Gobierno me ha causado muy buena impresión. Hay orden. La tranquilidad es sorprendente. Ver La Habana sin vigilancia policiaca es realmente alentador. Si a cualquier cubano se le hubiera anunciado que esto podía ocurrir, no lo hubiera creído.

—¿Qué opina de los fusilamientos?

El gesto del ingeniero Hevia fue preciso, gráfico.

El país debe enterarse

—Yo soy auténtico, como usted sabe, pero no tengo plan ni reali-

zo actividad política de ningún tipo, hablo como cubano. Sobre los asesinatos, claro está, hay que opinar. Es deber de todo cubano. Tengo entendido que las ejecuciones se han llevado a cabo —y así continuarán— en virtud de una ley y que su consecución es resultado de las pruebas que se obtienen de las investigaciones hechas a los acusados. Tenemos que hacernos esta pregunta: "¿Podríamos vivir

Los campesinos

El tema de la reforma agraria no podría tratarse sin recordar al ingeniero Hevia. Cuando fue secretario de Agricultura, en el Gobierno revolucionario surgido a la caída de Machado, dictó la ley 116, del año 1934, que iniciaba el reparto de tierras a los campesinos en zonas del Estado y las que se res-



"La justicia debe aplicarse con claridad y serenidad".

en paz si no hubiera sanción para los asesinos probados que han diezmado a nuestro pueblo? Los ajusticiamientos, por eso, necesitan mayor publicidad, para que el país se entere bien de la crueldad con que cometían sus crímenes los que ahora reciben el castigo de los Tribunales. La justicia debe aplicarse por medio de juicios y con información pública sobre los que con desusada impiedad nos sometieron a la peor sangría.

cataron de las manos de aquel régimen tiránico.

El ingeniero Hevia recordó aquella actitud:

—En esa ocasión —acentuó— se recuperaron las haciendas "Ventas de Casanova" y "Nenita", que aparentemente pertenecían al dictador que en aquel entonces fue también puesto en fuga por la acción revolucionaria. En la finca "Nenita" fundé una granja que todavía se mantiene.

—¿Cuáles serían sus planes para lograr una reforma agraria sólida?

La respuesta surgió casi sobre las últimas sílabas de la pregunta:

—En materia de agricultura hay cosas importantes. Una de ellas es la que permita al guajiro comprar tierras. También son importantes los medios que viabilicen llevar al mercado sus productos y la adquisición de equipos sin los cuales el hombre del campo no podría desarrollar sus actividades.

Nuestro informante continuó ofreciendo sugerencias:

—Hay que hacer patente, asimismo, la construcción de sistemas de regadío y el embalse de las aguas. Otra obra que se debe emprender en estas gestiones es buscar la manera de que el fertilizante sea económico. Existen posibilidades extraordinarias para mejorar en forma efectiva al campesinado.

Apuntó, después de una pausa que el repórter gráfico llenó con el relámpago de un flash:

—Pero en el Gobierno revolucionario, que preside el doctor Manuel Urrutia Lleó, hay mucha gente joven que, plena de ideales, luchó fuertemente contra la dictadura, cuyos propósitos están encaminados a resolver cuantos problemas hay planteados, incluyendo los agrícolas. A esos muchachos yo les deseo muchos buenos éxitos.

La gran noticia

—¿Cómo recibió la noticia de la caída del régimen?

—¡Figúrese! El exilio me era muy doloroso. Estuve preso dos veces en los Estados Unidos por conspiración para mandar armas a Cuba. De modo que al enterarme del derrocamiento de la tiranía fue como si la luz de un nuevo sol me anegara el alma. La noticia me la dio una sobrina mía, Marta Hevia, y yo llamé al padre O'Farrell que había sido torturado por los verdugos del batistiano por teléfono entre cinco y seis de la mañana del día primero. ¡Con qué alegría le comuniqué la buena nueva!

Con una sonrisa desbordada en el rostro, el Ingeniero Hevia refirió algo más:

—Naturalmente, yo tenía la seguridad de que la dictadura estaba condenada a muerte. Sin embargo, mi hija Margarita me había escrito desde La Habana, con fecha 27 y me vaticinaba lo que afortunadamente ocurrió: "Esto se acaba—decía—. Esta es la última vez que te escribo bajo la desdichada noche de la Usurpación."

El ingeniero Hevia concluyó:

—Todos mis hijos y familiares cercanos sufrieron en carne viva los efectos del despotismo. Mi her-

(Continúa en la Pág. 128)